

Crónicas seleccionadas Prensa Escuela – El Colombiano 2016

Nota: Los textos no fueron modificados ni editados y son publicados como fueron enviados

1. Un sábado como cualquiera

Autora: Yuliana Andrea Suaza Lopera

I.E. Ciro Mendía

Para todos la llegada de un sábado es especial, desde mitad de semana piensan en que harán ese día que consideran tan peculiar. Es el día para salir de fiesta, salir con tus amigos, invitar a tu novio o novia, o simplemente quedarte en casa; todo lo contrario a lo que me sucedía.

Era pequeña, cursaba el último grado de primaria, y con tristeza y cierto grado de melancolía esperaba la llegada de cada sábado.

Mi madre como siempre salía de trabajar y no sabíamos nada hasta el otro día en la madrugada. Mi abuela por otro lado, la esperaba acostada en su habitación junto a mí, ambas sin saber el rumbo o el lugar en donde se encontraba nuestro ser más querido; su hija y mi madre. Mi hogar nunca ha sido de violencia o lo que se deriva de ello, pero hay hechos que duelen más y van más allá de un golpe o un insulto, incluso que marcan y crean un vacío; grande, doloroso, infinito.

Todas mis amigas hablaban de qué harían el fin de semana con sus padres, que lugar nuevo visitarían o quizá solo algo “simple”, pero en su compañía. Mi padre desde muy pequeña se alejó, no recuerdo muy bien su rostro, sus facciones, dicen que me parezco a él pero es una afirmación a la que no sabría responder. Por otra parte mi madre no disponía de su tiempo para mí, así que cuando mis amigas se disponían a hablar de ese tema solo quedaba bajar la mirada y sonreír.

Aquel sábado en especial, como si de repente el cielo quisiera reflejar lo que sentía o simplemente acompañarme en mi agonía, la mañana fue amarga, el sol escondido y las nubes en su pleno flote. Caía una pequeña pero melancólica brisa, lenta, lenta... igual a como sería aquel día para mí.

Desperté, ¡no, otra vez sábado, no! Quise volver dormir pero no lo logré, así que decidí recibir el día con la energía positiva con la cual nunca podría terminar... Transcurría la tarde y me preguntaba ¿tal vez hoy sea distinto? ¿Quizá hoy sea un día en el que pueda compartir con el ser que me dio la vida, pero que no comparte la misma conmigo? Guardaba la esperanza de

que llegara el día en que para lo que mis amigas era tan insignificante para mí sería el regalo más hermoso.

5 pm, 6 pm, cada vez más cerca la noche. ¡La noche! Esa que lo único que despertaba en mí era incertidumbre y amargura. No tuve ni la iniciática de comer algo, me sentía frágil, débil. Finalmente llegó el momento de ir a cama, me dirigí con mi abuela a su habitación que se encuentra en el piso de arriba, subí con las mismas ganas con que un pusilánime se enfrena a la vida, me acosté junto a mi abuela. Ella con ternura solía brindarme caricias, pequeños masajes para dormir en aquella oscuridad que solo contaba con las sombras que desde afuera se reflejaban. Tic, tac, tic, tac... El reloj iba al son de la brisa que no había cesado, cerraba los ojos y sentía como transcurría cada segundo, cada minuto... Por un momento quise imaginar que quien se encontraba al lado mío era mi madre, que allí estaba acompañándome. Aquella sensación fue efímera, pues en trueno interrumpió aquel momento e hizo volverme a ver en la realidad, Si, esa realidad a la que siempre trataba de huirle. Aquella madrugada fue larga, ni mi abuela ni yo pudimos cerrar los ojos así sea para evadir lo que nos agobiaba, en medio de la oscuridad podía percibir el pestañeo de sus ojos que en ningún momento pudieron descansar. 4:30 am, en medio del desconsuelo y la desdicha que mi abuela y yo compartíamos sentimos como se introdujo la llave a la puerta, percibí todo el giro que esta dio, sentí cada paso, cada ruido, cada eco.

La tranquilidad me invadió ¡Gracias Dios por traerla de nuevo! –Me dije para mis adentros- de repente sentí como mi abuela se levantaba, no pude evitar fruncir el ceño, me desconcertaba el solo pensar que iría hacia ella. Cuánta razón tuve. El tiempo que tardo en bajar fue el tiempo que trajo más confusión y angustia para mí. Escuché el eco de sus voces así que decidí levantarme e irme tras ellas. Una escala, dos, tres; decidí parar. Un estruendo de abajo me detuvo, escuchaba el ¡Ya no más, estoy cansada no es la vejez que quiero! Que mi abuela repetía mientras lañaba las sillas del comedor y dejaba salir lo que seguramente tenía guardado desde tiempo atrás, mi madre a su vez le correspondía, “Me voy, me voy” no paró de repetirlo, el solo pensar que esa expresión fuera cierta me derrumbaba, no podría aguantarlo como tampoco aguantaba hacerme a la idea y aceptar que mi madre, mi hermosa y siempre amada mamá fuera alcohólica. Era niña, en medio de mi inocencia tal vez no comprendía muchas cosas lo que si era evidente era que el alcohol estaba acabando no solo con mi familia, si no con la vida de todas tres. Mi madre estaba acabando con su salud, mi abuela viviendo una vejez que no merecía, y yo viviendo una infancia a la que tal vez nunca olvidé.

Mi mente no dejaba de enviarme ideas, pensamientos; no me contuve, y sentí como la primera gota cayó sobre mi mejilla, una tras otra, el llanto se apodero de mí y me destruyo, sentía una impotencia me sentía un ser completamente sumiso así que deje salir a flote cada sentimiento que me invadía, aprecie como mis piernas flaqueaban, me encontraba descalza, y lo único que sentía era el temblor que en que estaba y aquel sufrimiento que me inundó. La brisa no se ausentaba, ya se podía ver la mañana pero el solo aún no se palpaba. Me dirigí de nuevo hacia la cama, mi cuerpo estaba cansado, los ojos dolían, pesaban... Aquella espera por fin tuvo fin, ya se encontraba con nosotras, de la manera que sea ya contábamos con su presencia y finalmente era lo único que importaba. Cerré los ojos con la tranquilidad con que una tortuga se dirige a un rumbo, puse la sabana encima y una pequeña y forzada sonrisa deje salir de mi rostro. 12:45 pm, desperté, ya no con la misma sensación con que lo había hecho el día anterior, era domingo ¡Por fin! Quizá en 6 días no sucedería lo mismo, era lo único que deseaba. Mi abuela se encontraba de nuevo a mi lado, mi compañera de vida se encontraba allí... Conmigo. Tal vez ni ella ni mi madre percibieron mi presencia ese día en la madrugada, pero en mi creó un sentimiento que llevaré guardado siempre, aunque quisiera es una imagen que nunca será borrada de mi mente ni de mi alma. Lo tengo ahí; intacto. La imagen y la sensación de aquel día persisten en mí.

Aunque anhelaba que no sucediera lo mismo el próximo sábado y que todo cambiaría la realidad me sacudía, así que una vez más me preparaba con la tristeza y desdicha de siempre para lo que se aproximaba, para vivir... un sábado como cualquiera.

¿Qué me inspiro?

Relatar y escribir una situación que te marco no es fácil, pero si necesario. Cuando era pequeña mi madre tuvo problemas con el alcohol, el ser tan inocente no me dejaba ver muchas cosas, pero ahora entiendo muchas de ellas, fue algo doloroso ya que no me dejó vivir completamente la etapa de mi infancia, siempre estaba pensando en qué pasaría la próxima madrugada, en ocasiones la frustración era tanta que se hacía imposible no pensar en si llegaría o nunca más la volveríamos a ver... Todos mis pensamientos estaban puestos en eso, nuestra familia giraba en torno a ello.

Mi abuela ha sido el ser indispensable y fundamental en mi vida, y el ver cómo ella sufría y con la tristeza que afrontaba la vida me hizo "crecer" forzosamente, necesitaba aprender a ver las cosas desde otra perspectiva para poder entender.

Recuerdo cada detalle de ese día, cada sentido, y el verme en unas escaleras sin consuelo, sin compañía y con llanto me hizo sentir cosas que tal vez nunca vuelva a sentir pero que jamás olvidare. Me invadí en sentimientos y sensaciones que hasta el día de hoy guardo dentro de mí, evito siempre recordar aquellas situaciones que me hicieron sentir débil. El alcohol era lo principal en la vida de mi madre, su tiempo todo era para eso, nunca tuve el suficiente carácter para afrontarla a pesar de ser su hija, pensaba que lo único que debía hacer era apoyarla y no juzgarla. Hace 8 años mi madre se le extrajo un riñón por lo tanto los riesgos que el alcohol le causa pueden ser nefastos, y el ver que seguía acudiendo a eso el dolor que causaba en la familia era alarmante, no solo por la convivencia, lo que estaba en juego ¡Era su vida! ¡La vida y la salud de mi madre! Erra era consciente de esto, pero la adicción que tenía no le permitía alejarse.

Gracias a Dios es un recuerdo y ya no hace parte de mi presente, así lo recuerdo con desazón por todo lo que me impidió equilibrarme con la alegría al ver que mi madre ejerce de cierta forma un control sobre el alcohol, y ya no espero los fines de semana con angustia, ya pase a vivir mi adolescencia de una manera distinta, al ver cada sábado como lo ven todos, un día de felicidad y alegría. Igualmente al observar noticias sobre este tema me ayudó como fuente de inspiración y darme una base sobre qué escribir.

2. Ángeles

Autora: Estefanía Bedoya Cardona

Colegio Agustiniiano San Nicolás de Tolentino

Se dice que por la plata baila el mono, y que sólo después de haber llorado se conoce el verdadero valor de las lágrimas.

Tu madre te dice que no hables con los extraños, que te andes bien abrigado, que no comas cuento. La sociedad te dice que está mal y que está bien. Tus amigos te dicen que lo único dañino en esta vida es no disfrutarla. Tus verdaderos amigos te dicen que no confíes.

Así es tu vida. Oyes muchas cosas y captas las menos valiosas.

-Estás loco. Julián. Estás completamente demente- Eso fue lo que te dijo tu mejor amiga cuando estabas a punto de hacer una locura. Tú sólo le dijiste que estarías bien; que se estaba armando un cuento por nada.

Creías haber aceptado la mayor oportunidad de tu vida: el rico del barrio te daría un buen dinero si hacías un pique en tu moto durante dos cuabras. Celebraste la proposición con tus falsos amigos, te habían hecho una gran oferta. Después de todo, no era algo que no hubieras hecho antes. Andabas en moto desde que eras apenas un crío.

Te decepcionó un poco que tu mejor amiga no te apoyara, pero no le prestaste mayor atención. Tu mente estaba fijada en aquel viernes donde gozarías como nunca y beberías como siempre. Obviamente, no le dijiste ni a tu madre ni a tu padre, no querías que unos “viejos sonsos”, como les decías a escondidas, te dañaran tu noche perfecta. Tu relación con ellos no era muy buena.

Y, entonces, aquel día llegó. Llegaste al punto de inicio, una discoteca propiedad de tu retador, dos horas antes de lo acordado. Estabas ansioso y pronto empezaste a beber como poseso para que aquel calorcito embriagador inundara tu cuerpo. Tus amigos llegaron una hora después y, entre bromas, risas y alcohol, se fue rápido el tiempo. Te acomodaste tu gorra, aquella que usarías en reemplazo del casco, y partiste hacia donde estaba parqueada tu moto.

El rico del barrio se te acercó con un fajo de billetes en mano y los sacudió en toda tu cara. Tu solo sonreíste. Pensabas que eran pan comido.

-Me imagino que estás listo- Afirmó el retador. Tú gritaste con júbilo, y todos los espectadores que estaban a tu alrededor te ovacionaron como el campeón que pensabas que eras. Tu verdugo te dio unas palmaditas en la espalda y se retiró para anunciarte cuando debías de arrancar.

3... 2... 2...

De repente dirigiste tu mirada hacia la entrada de la discoteca: tu mejor amiga, Alisson, estaba mirándote a lo lejos, con una mirada llena de reproche. Lo que más te impactó fue que la persona que estaba a su lado era tu abuela, aquella que te había cambiado los pañales y a quien querías como a nadie en este mundo. Aquella mujer tan importante para ti estaba llorando, tenía una mirada desconsolada y la nariz le moqueaba. Sin embargo, eso no te detuvo. Una vez más, tu mirada se enfocó hacia adelante, intentando no pensar en esas dos mujeres que estaban a metros de ti.

¡Ya!

Hiciste rugir las llantas de tu preciada moto y como alma que lleva al diablo tus cabellos se ondearon por el viento. Estabas emocionado, excitado e impaciente. Veías la victoria delante de tus narices. Sin embargo, tu vista empezó a fallar.

Todo estaba borroso.

Terminaste viendo un camión a pocos metros de la meta.

El impacto fue tan fuerte que por poco y te mueres. Los últimos segundos que pudiste mantener abiertos los ojos notaste como tu amiga y tu abuela corrían preocupadas hacia ti. Después de eso, solo escuchas sollozos y gritos. Quedaste completamente inconsciente al escuchar las sirenas de la ambulancia.

No lo supiste, pero fuiste internado en el hospital por más de 4 semanas, estabas en un estado de coma. Despertaste de milagro un lunes por la tarde, tu cuerpo parecía entumido y en tus brazos sentías un peso extra; tu abuela se había quedado dormida mientras te cuidaba.

Empiezas a llorar. No recuerdas en qué momento sucedió todo esto. Sólo sabes que lo lamentas.

Tus lloriqueos despiertan a tu abuela, y ella te abraza con una fuerza similar a la que te ama. Tu querida nana llama a Alisson, quien entra por la puerta con unas ojeras tipo panda, y apenas te ve se tumba en el suelo a llorar.

-¡Idiota! Me hiciste dar un susto de muerte- Le sonríes a pesar de que sabes que te ves patético y pálido como una momia. Ella no se imagina cuán feliz estás de verla.

-Ya no tienes de qué preocuparte- Le dices. Pero esta vez eres sincero. Miras por la ventana el azul del cielo y retrocedes mentalmente en el tiempo. Te sientes un porquería por no haber escuchado a Alisson y la culpa te carcome al saber que hiciste llorar a los seres más importantes en tu vida – Enserio... te juro que nunca volveré a hacer algo tan estúpido – Les prometes con lágrimas en tus ojos, y en tu garganta sientes un nudo desgarrador. Fuiste un idiota.

Te miras. El accidente dejó secuela, ahora te falta una de tus extremidades. Tu cuerpo está cubierto de vendajes, enserio pareces una momia.

Te preguntas internamente que habrá pasado con el niño rico y con el camionero, te preguntas si acaso se sentirán culpables. Esperas que no. Después de todo, tú fuiste el que se lo buscó. Estás agradecido con que sigas con vida y tener el privilegio de observar una vez más a Alisson y a tu nana.

Juras que aún sin una pierna, harás lo posible para sacarles una sonrisa. Y, mirando a esos dos seres llenos de amor, te prometes que nunca más las harás llorar. Nunca más.

No puedes evitar que una sonrisa salga del fondo de tu corazón. Después de todo, ese sentimiento que inunda tu pecho te hace olvidar tus penas, tus dolores, el hecho de que no tienes una pierna, absolutamente todo. Agradeces a la vida una vez más por tenerlas a ellas, a la esperanza de tu vida.

A tus queridas ángeles guardianas.

3. Sin título

Autor: Sergio Andrés Pérez Loaiza

I.E. María de los Ángeles Cano

Era una mañana de martes, para ser más específico, un 21 de febrero del año 2006, en ese entonces tenía 4 años y cursaba el preescolar. A eso de las 11:30 a.m. me disponía a organizarme para ir a la escuela; ya a esa hora se empezaba a notar lo picante que sería la tarde. Faltando 50 minutos para ingresar a la escuela yo ya estaba listo, así que mi mamá aprovechando el tiempo que quedaba decidió llevarme a la peluquería para que me cortaran el cabello. Salimos del barrio “el Compromiso” hacia otro llamado “La esperanza”, al cual se llegaba en par patadas y en donde se encontraba el negocio de doña Alba la estilista. Mi madre pidió que me motilara de la misma manera en la que siempre pedía que lo hicieran, ¡tuso!, con el pelo al ras. No me agradaba ni me disgustaba aquello, pero tengo que decir que odiaba tenerlo de esta manera cuando hacía frío, ya que me sentía como en el mismísimo polo norte.

Ya eran las 12:00 p.m. cuando doña Alba terminó de motilarme, faltaba aún 20 minutos para ir a la escuela; que por cierto no quedaba muy lejos de la peluquería, así que mientras mi madre pagaba, salí a correr de allí sin que ella se diera cuenta hacia la carretera que quedaba enfrente. Más adelante, mientras seguía corriendo feliz y sin ninguna preocupación me encontré por donde cualquier medio de transporte baja sin ningún aviso para los peatones, y por ende la hace una vía muy peligrosa.

Entonces sucedió lo que ni a mi madre, ni doña Alba y ni mucho menos yo pensamos que sucedería, me atropelló una bicicleta. No se si alguna vez han visto esas escenas en las series de T.V en donde los protagonistas por azares del destino se cruzan en una esquina y chocan. Pues esto fue algo así, solo que no pasó entre dos personas destinadas a estar juntas, y en vez de romántico fue doloroso. De aquel momento puedo recordar solo tres cosas. Uno, que el muchacho que iba conduciendo la bicicleta no tuvo tiempo de reaccionar y frenar cuando me vio, aunque bueno, eso también se debe en parte a que la bicicleta no llevaba frenos. Dos que después de levantarme noté que salía sangre de algún lugar de mi cara, y como en ese entonces ver tan siquiera una gota de sangre me ponía los pelos de punta, empecé a ponerme paranoico. Y tres, que cuando quise llevarme la mano al lugar de donde se originaba el sangrado, me encontré con la abrumadora sorpresa de que el impacto de la bicicleta con mi cara fue tan fuerte que hizo que mis dientes frontales se enterraran hacia adentro.

Justo en ese momento llegó mi madre que me andaba buscando y me encuentra tirado en el piso sangrando y al lado mío el muchacho que me atropelló. El chico le explicó que él no me había visto cruzar y que su bicicleta al no tener frenos hizo que no pudiera evitar el accidente, entonces le dio 2.000 míseros pesos a mi madre, para luego marcharse y no volverlo a ver en nuestras vidas, mi madre permitió esto ya que estaba más preocupada por mí y por encontrar un taxi que nos llevara al centro de salud, que por ponerse a pelear por algo que a fin de cuentas fue un accidente.

Ya en el centro de salud eran la 1:00 p.m. y no nos atendieron hasta las 3:00 p.m. Cuando por fin nos atendieron, me llevaron con un cirujano de apellido Rubio el cual me anestesió y extrajo mis dos dientes frontales enterrados, todo esto en un lapso de tiempo de 30 minutos.

Los dientes tardaron en crecer 6 meses y durante este tiempo me gané el apodo de “ventanitas” ya que literalmente, cuando reía mis dientes frontales hacían ver mi sonrisa como un edificio con dos ventanas que siempre permanecían abiertas. El resto de mis dientes se cayeron normalmente, pero nunca voy a olvidar que mis primeros dientes, mis “dientes de leche”, no se cayeron como se le caen a cualquier otro niño, sino que se cayeron de una manera única, dolorosa, pero única.